

Pero, ¿sabe usted?, yo soy escritor, y siempre estoy haciendo preguntas a la gente.

William Saroyan

Por Carmen GALINDO
y Carlos VANELLA

(Primera de dos partes)

Con la novedad de que se me engarrotó la mano y todo porque entrevisté a Gabriel García Márquez. Así, como no sé por dónde empezar, comenzaré, lector, si me lo permites, por el principio. Un día, sin deberla ni temerla, un amigo del escritor con la queja de "pobre Gabo, lo que le hicieron en Colombia" me da el teléfono en un encuentro fortuito en la esquina de Sullivan e Insurgentes. Un día después, Carlos Vanella, el jefe de la sección internacional de El Día, me pregunta si tengo el teléfono de García Márquez y me amenaza: "Sería interesante una entrevista". Me prometo no ir, supongo muy confiada que no aceptará. Otro día más y la noticia: el escritor concede la entrevista.

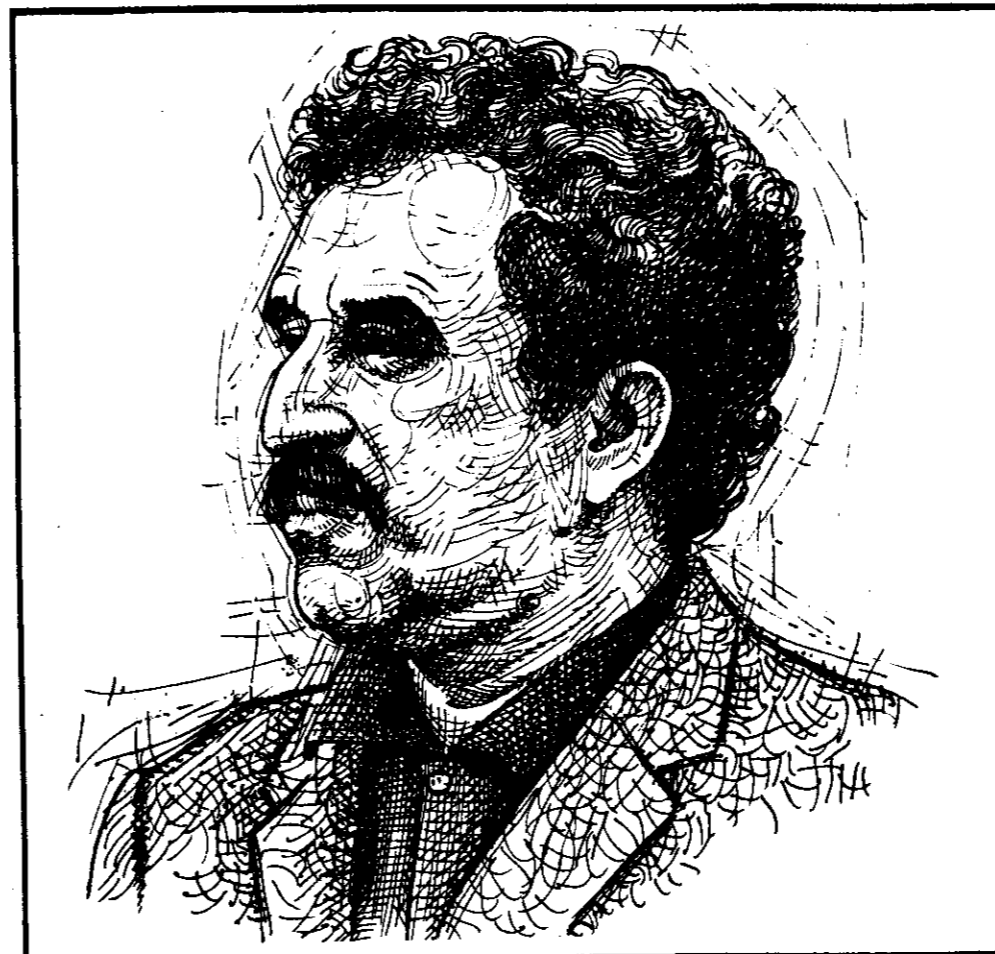
Dos jóvenes poetas que escriben en la sección internacional discuten, porque ambos quieren ir a la entrevista. Muy tranquila le digo a Vanella que vayan los poetas de internacionales, dos, tres o los que gusten, todos quieren ir. Me siento enormemente generosa y ni a mí me confieso que prefiero no ir. Enterada Socorro Díaz, directora de El Día, de la discusión de los poetas, decide salomónicamente que ni uno ni el otro ni el tercero que se sumó a la pelea: que iremos Vanella y yo. La entrevista se pospone dos veces y yo feliz, pienso que estoy en lo cierto: no lo veremos.

En un café de Insurgentes, lo esperamos. Entonces, lo que es la vida, estoy temerosa de que no llegue. Con un retraso de 25 minutos, llega García Márquez. Lleva saco y una camisa beige con rayitas de muchos colores. Se ve igual a sí mismo, quiero decir a sus fotos, a su cara de árabe. Está idéntico a como lo vi hace ocho y hace diez años. La primera vez no supe quién era y mi padre tuvo la prudencia de no revelármelo hasta que abandonó el Vin's de San Angel. La segunda, vaya



En literatura un solo dato verdadero puede hacer creíble un relato: García Márquez

Yo no lograba que Remedios la Bella subiera al cielo; no subía porque yo no lo creía y si yo no lo creía, no me lo iban a creer



las directas como garras que apresan el mundo. Los borgianos de corazón encontrarán la posibilidad de que, en espejo, los manuscritos de Melquíades sean Cien años de soledad, las páginas en las que está escrito el destino de los Buendía.

Para otros, muy cuerdos, la novela es la magia de Melquíades: un mucho de maravilla y, al mismo tiempo, la verdad, porque la leyenda, el mito, lo novelesco, sirven para poder revelar mejor y más intensamente lo verdadero. Cien años de Soledad es lugar de encuentro no de materiales dóciles, poéticos antes de tocarlos el novelista, sino práctica de la belleza insólita, sacada de la fealdad y de otros lugares más inusitados, porque García Márquez, como dice Alfonso Reyes de los grandes creadores, sabe hacer de tripas, corazón. Para otros, tampoco despistados, se trata de una novela de amor, neorromántica, con pasiones violentas y personajes como cataclismos. Y para todos, una novela divertida. Este deseo de leer sin detenerse y el gustazo enorme de que la literatura, después de tantos años de hermetismos, vuelva a ser lo que fue: la imaginación viva, y nos devuelva, así, a los lectores, la alegría de leer, el placer siempre renovado y no interpretativo, de lo que Horacio llamó la dulce literatura.

Pero si estas son algunas maneras de leer Cien

Martha, su mujer, fueron a ver El Padrino II y regresaron a las doce y cinco minutos a su casa. Me da vueltas en la cabeza, la reunión cumbre en Ginebra, la tragedia del Chocó, la marquesita de la Sierpe y los toreros aquellos que tuvieron una tarde de apoteosis sin haber visto en su vida ni una vaca, pero me callo, porque descubrió con asombro que, contrario a sus colegas, García Márquez no parece impresionarse ni mucho ni poco, porque uno haya estado al pie de sus libros. En fin, le pregunto si le tiene gusto al periodismo ficción o le deja el privilegio de inventar a la literatura.

—Te voy a poner un ejemplo. Yo nunca en mi vida vi a Haroldo Conti, aunque le tuve una gran estimación y tuvimos correspondencia. Hay muchos datos que ya tenía, pero los de su vida los sé, porque me los contó Martha Conti en una entrevista de 15 minutos. Efectivamente, fue a las doce y fueron a ver. El padrino II. Ese día, Haroldo Conti cambió las cortinas de su casa y se puso saco y corbata. Yo creo que si no se dan esos datos tan precisos de la vida, se corre el riesgo de que no se crea lo que se está contando. El problema es que en periodismo, un sólo dato falso desvirtúa todo lo demás. En literatura sucede lo contrario: todos los datos son falsos, pero un sólo dato verdadero es suficiente para que se crea. Ahora, lo importante es que uno se lo crea. Por

"García Márquez muestra cómo los datos de la realidad nutren el relato literario y el secuestro de Haroldo Conti se convierte en otros miles de secuestros. La muerte de Conti, la brutal realidad-ficción revelada por un Videla que sabe y dice, mientras el resto del gobierno sabe y calla. Casi intempestivamente, con pasión, García Márquez pasa del ejemplo de Conti a los miles de desaparecidos, aún vivos o ya muertos en ese país". Pero mientras Vanella piensa, García Márquez comenta:

—El problema de los desaparecidos en Argentina no tiene solución y es muy difícil que aparezcan los cadáveres, muchos fueron arrojados al mar con helicópteros especiales que tenían para eso. Esto lo podemos aceptar los demás con cierta facilidad, pero no los familiares de los desaparecidos. No les basta con que se les diga que están desaparecidos y no aparecerán nunca, los familiares quieren ver el cadáver. Tenemos que ayudar al gobierno argentino a resolver ese problema, los presos pueden aparecer, pero los desaparecidos son la barrera que impide solucionar el problema. Es deseable que se estableciera la verdad en cada caso, pero son muchos, son más de 10 mil. Uno puede ver estos hechos con frialdad, pero los argentinos no pueden.

★ LAS MADRES DE LOS DESAPARECIDOS ¿QUE ESPERAN?

Enseguida se hace cargo del drama y se interroga:

—Las mujeres de la Plaza de Mayo, las madres de los desaparecidos, ¿qué esperan? ¿Ustedes creen que a ellas les bastaría con la verdad? Yo personalmente me pregunto qué haría, y pienso que soy un optimista profesional; yo, no creería jamás. Me meto en el pellejo de los familiares y pienso que no creería. Y la solución en Argentina depende de eso. Pero es una situación que no puede demorarse toda la vida, porque la normalización depende de ese problema enorme. Si algún momento es propicio, creo que es ahora, ya que el gobierno argentino necesita quitarse el problema de encima.

¿Enfrentarlo no le traería más problemas? le pregunta Vanella.

—Es un círculo vicioso, admite, pero no pueden dar un paso adelante, mientras el problema exista.

★ SI NUESTRA MEDIACION PUEDE SER UTIL, ESTOY DISPONIBLE

—¿Qué es lo que queremos? ¿Volver a hacer de la Argentina un país vivible o tener una bandera de lucha para siempre? Creo que sostener que los desaparecidos están vivos es literatura fantástica, ahora, la bandera es



dóciles, poéticos antes de tocarlos el novelista, sino práctica de la belleza insólita, sacada de la fealdad y de otros lugares más inusitados, porque García Márquez, como dice Alfonso Reyes de los grandes creadores, sabe hacer de tripas, corazón. Para otros, tampoco despistados, se trata de una novela de amor, neorromántica, con pasiones violentas y personajes como cataclismos. Y para todos, una novela divertida. Este deseo de leer sin detenerse y el gustazo enorme de que la literatura, después de tantos años de hermetismos, vuelva a ser lo que fue: la imaginación viva, y nos devuelva, así, a los lectores, la alegría de leer, el placer siempre renovado y no interpretativo, de lo que Horacio llamó la dulce literatura.

Pero si estas son algunas maneras de leer Cien años de soledad ¿qué es la novela para el autor?

— Sí, hay todo eso que dices. Leí Cien Años de Soledad una sola vez impresa, cuando corregí las pruebas. Nunca más la leí, porque hubiera sido muy difícil para mí pensar que algo no me gustó, que podría corregirla. No soy un lector inocente, porque he leído mucho, he oído hablar mucho del libro, como si fuera algo totalmente distinto de lo que escribí. Ya no sé exactamente qué es o cómo es, pero recuerdo que cuando lo escribí, yo quería escribir la novela de la vida. Por eso hay alegría, tristeza, mitología, miseria, incesto, la familia. Sin embargo, de todo lo que he oído de Cien años de Soledad, creo que lo más cierto es lo que alguien me dijo, alguien que no era crítico, que lo que le gustaba era que por primera vez en la literatura nuestra se veía la vida privada de América Latina, eso es, casi como una intromisión en el fuero interno de los latinoamericanos. Me lo dijeron en una conversación y me quedé pensando que quizá era lo más cercano que había oído.

¿VAS A ESCRIBIR O VAS A TRABAJAR?, LE PREGUNTABA MERCEDES

— El acto de amor por el cual se hizo cada Buendía —dice García Márquez— está escrito y descrito en Cien años de Soledad. En la Unión Soviética, por un puritanismo que es más ruso que socialista, suprimieron esos pasajes y a mí me pareció escandaloso, no por la censura ni por la intangibilidad de la obra de arte, sino que no sabía cómo podía comprenderse sin el acto de amor de cada uno de los personajes. Con esta idea de que fuera una novela de la vida la escribí, y podría haber escrito Cien años de soledad toda mi vida y en realidad es eso lo que hubiera querido: seguir escribiéndola siempre.

Cuando tomé la decisión —confiesa el autor— de cómo debía ser la estructura de la novela, de hecho suprimí dos generaciones que estaban en el proyecto inicial, por suerte, por suerte para mí y los lectores. En esa época no tenía dinero para seguir escribiendo y tuve que cortar para trabajar en radio, en publicidad. En ese tiempo, Mercedes me preguntaba ¿vas a escribir o vas a trabajar? No le faltaba razón, porque en realidad cuando escribí la novela no sentía que estaba trabajando.

★ YO NO LOGRABA QUE REMEDIOS LA BELLA SUBIERA AL CIELO

Enseguida, por dizque servir al lector, pero más bien por una curiosidad que tengo hace rato, le pregunto si cuando escribe sus crónicas copia del natural o le da vuelo a la imaginación. En concreto, para no preguntar en el aire, le recuerdo el texto acerca de Rodrigo Arenas Betancourt, el escultor colombiano que vivía, según atestigua el puntual (e imaginativo) retrato realizado por García Márquez, en doctor Río de la Loza 18. Le menciono un reportaje del día de ayer en que al contar el secuestro y la desaparición del escritor Haroldo Conti precisa que esa noche, Conti y

ficción o le deja el privilegio de inventar a la literatura.

—Te voy a poner un ejemplo. Yo nunca en mi vida vi a Haroldo Conti, aunque le tuve una gran estimación y tuvimos correspondencia. Hay muchos datos que ya tenía, pero los de su vida los sé, porque me los contó Martha Conti en una entrevista de 15 minutos. Efectivamente, fue a las doce y fueron a ver. El padrino II. Ese día, Haroldo Conti cambió las cortinas de su casa y se puso saco y corbata. Yo creo que si no se dan esos datos tan precisos de la vida, se corre el riesgo de que no se crea lo que se está contando. El problema es que en periodismo, un solo dato falso desvirtúa todo lo demás. En literatura sucede lo contrario: todos los datos son falsos, pero un solo dato verdadero es suficiente para que se crea. Ahora, lo importante es que uno se lo crea. Por ejemplo, yo no lograba que Remedios la Bella subiera al cielo. No subía, yo no me lo creía y si yo no me lo creía, no me lo iban a creer. Muy desesperado, salí al patio. Una mujer estaba lavando unas sábanas y vino un ventarrón, ella empezó a tratar de detener las sábanas. Regresé a la máquina, incorporé el detalle de las sábanas y Remedios subió al cielo en cuerpo y alma, tranquilamente.

★ LE TENGO MUCHO MIEDO A LA INVENCION PURA

—Ese reportaje que mencionas lo escribí en 1955 ó 1954. Es un escultor a quien entonces no trataba, pero lo senté frente a mí y lo tuve tres horas contándome rigurosamente su vida. No dejándolo que hablara, sino preguntándole para que no se me desbordara. Todos mis libros pueden parecer irreales, pero tienen un punto de partida real. Le tengo mucho miedo a la invención pura, porque se vuelve fantasía.

En el caso de Arenas Betancourt sorprende, le digo, porque como que se le siente la mano muy pesada en las bromas.

—Arenas Betancourt es muy amigo mío y un hombre muy aguantador. Sí, vivía en Río de la Loza, es un dato que copié de un sobre, en esa época no podía saber lo que significaba aquella dirección. Además, ¿te has fijado qué bien trato a mis personajes? Creo que el Coronel Aureliano Buendía amoló la historia de ese país, porque, como era incapaz de amar, no podía hacer nada positivo. Sin embargo, no creo que se note que lo detesto. Veo a todos mis personajes con mucha compasión, lo malo sería que los viera con lástimas. Pero con compasión está bien.

Al hablar, a veces me toma del hombro, siento como si quisiera poner una amarra en la tierra. Y no creas, lector, que me refiero a que los artistas andan en las nubes o son enviados del cielo, sino a que García Márquez debe de sentirse flotando con tanta fama, con tantas caras admirativas, con tantas agresiones gratuitas. Se ve como que quisiera seguir siendo el mismo Gabo de siempre, pero me temo que él mismo ya casi no sabe cómo fue para seguir siéndolo. Cierto que no le gusta pontificar y, por lo tanto, no permite las rápidas clasificaciones, pero otro asunto son las distorsiones en el trato que introduce la celebridad. Por ejemplo, tan preocupados estamos Carlos Vanella y yo por la entrevista que nosotros, que solemos ser cordiales, no le dejamos un momento de respiro, que se explote a la libre, y lo atosigamos con la siguiente pregunta.

★ ¿LO DEJARON MORIR?

—Creo —contesta— que Haroldo Conti está muerto, porque Videla lo dijo muy seriamente. Yo creo que lo que pasó es que lo dejaron morir, que lo destrozaron. Yo no he dejado de escribir o hacer algo cada dos o tres meses desde que lo secuestraron. Esa última gestión sobre la que escribí hace tiempo fue mucho más profunda de lo que dije en el texto.

Carlos Vanella piensa y luego me cuenta:

estupenda, pero a mí no me parece muy humano... además, no es realista.

Y agrega:

—Yo hablé con Massera hace unos dos años, él ya no era miembro de la Junta, y le dije: Dígame a su gobierno, yo hablaba como presidente de HABEAS, que yo sé que ellos tienen el problema de los desaparecidos y de los presos, en vez de seguirlos molestando que nos digan cómo podemos ayudar a resolverlo.

¿Y qué le respondieron?

—Massera respondió que eso estaba claro, que tenía la impresión de que era un mensaje que a la Junta de Gobierno de Argentina le iba a interesar mucho. Como a los tres o cuatro meses me escribieron diciéndome que había transmitido el mensaje y aún no había obtenido respuesta. Probablemente entonces fue prematuro, pero creo que ahora es más propicio. Lo que pasa es que no podemos tomar ninguna decisión en este sentido sin que las familias de los desaparecidos, de los presos y los dirigentes de la oposición estén de acuerdo. Si nuestra mediación puede ser útil, estoy disponible.

★ NO CREO QUE LAS AUTORIDADES HAYAN LLEVADO EL ORDEN DE LAS VICTIMAS DE LA REPRESION

Pero el gobierno ¿lo sabe?, pregunta Vanella.

—Yo creo que muchos de los desaparecidos están muertos, otros pueden aparecer, pero esa clasificación es lo importante, el problema es si el gobierno argentino lo sabe. En los posteriores al golpe de Estado reinaba un caos total. No había control y no creo que las autoridades hayan llevado el orden de las víctimas de la represión. El propio gobierno carecía de organización para saber lo que pasó en cada caso. Hay algunos que están vivos, pero a muy buen recaudo, porque eran políticos muy destacados. Una clarificación es lo que hace falta y no descansarán gobierno ni oposición si no se clarifica. En Uruguay es distinto, ahí sí está perfectamente organizado. Se sabe cuántos desaparecidos hubo y se sabe dónde están presos y de qué se les acusa. Ahí el problema es casi de sacar presos. Además no tuvo la masividad que en Argentina.

Y enseguida, García Márquez regresa al recuerdo de Haroldo Conti:

—El secuestro de Haroldo Conti es un ejemplo. Los que lo aprehendieron iban de civiles. Pero ese día había llovido y colgados en el baño estaban un saco marino y una gorra que él tenía, de los que usa la Marina. Cuando revisaron la vivienda, uno dijo: ¿Qué hace aquí esta ropa nuestra? Eran de la Marina, no hay duda.

usted a saber porqué, ya que al otro lo conozco, lo confundí con Chico Díaz, un periodista chileno, y, por supuesto, hablamos mal de Pinochet, si García Márquez comprendió mi confusión, tuvo la cortesía de no manifestarlo. En el café de Insurgentes, Mi hermana Magdalena, que es la más valiente, se levanta y se indentifica con el autor de Cien años de soledad.

Carlos Vanella y yo somos un fracaso como paparazzis, le decimos a García Márquez que nada de lo que diga será usado en su contra y a las primeras de cambio nos muestra que él tiene más experiencia en contestar que nosotros en preguntar.

★ UNO TERMINA HABLANDO CON LA GRABADORA

Carlos intenta conectar la grabadora y García Márquez, dice:

—No me gustan las entrevistas con grabadora, porque uno termina hablando con la grabadora y no con los periodistas. El periodista no oye con bastante atención, porque sabe que la grabadora está oyendo. El entrevistado no se dirige humanamente al periodista, sino que le dicta a la grabadora: no hay contacto humano. Después te encuentras con cassetes que tienes que desgrabar. Eso te lleva tres días y al final son 250 páginas y sólo tienes que escribir una nota de 8 cuartillas. Es una gran desolación, se caen las alas del corazón. Cuando dejo que usen grabadora es que quiero salir pronto de la entrevista.

Cien años de soledad, le digo, tiene una asombrosa superposición de tramas, una multitud de personajes y una sorprendente pluralidad de significados. Hay, pues un montón de maneras de leerla. Para los que aman la literatura comprometida, ahí está la trágica historia de Macondo, los intentos de rebelión y las guerras por el poder. La denuncia de la miseria y del imperialismo. Para aquéllos que creen que la literatura es un rivial de la comunidad, un lazo de cultura, Cien años de soledad es a Macondo-Latinoamérica, lo que las obras de Homero para los griegos: su historia y su mitología. Para los lectores de buena fe (v para ellos es el reino de estos cielos), hay relatos de todos los colores y sabores. Para los que gustan de leer con una sonrisa permanente están los mil y un recursos de la comicidad en todos sus grados, desde el violento humor hasta la gracia, y en cada página, una alegría a toda prueba. Para los estilistas, metáforas recién nacidas en las que no faltan ni las ornamentadas queridas por los barrocos, ni